



Pedro de Angelis

Diario que el capitán, don Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches, en el gobierno del señor don Juan José de Vertiz, gobernador y capitán general de estas Provincias del Río de la Plata, en 1.º de octubre de 1770

Se componía la armada de 166 hombres, incluyendo sargentos y cabos.
Comandante, don Manuel de Pinazo.
Sargento mayor, don Pascual Martínez.

Capitanes

Don José Bague.
Don Juan Antonio Hernández.

Tenientes

Don Francisco Macedo.

Don Felipe Galves.

Alféreces

Don Gerónimo González.

Don Domingo Lorenzo.

Ayudante

Don Bernardino Gálves.

-35-

Capellán

El presentado, Fray Juan Simón Rodríguez, del orden militar.

Todos los expresados, a excepción del capellán, son vecinos de la Jurisdicción de la Villa de Nuestra Señora de Luján.

Cuatro carretillas, que conducían dos cañoncitos de menudear, y las municiones de boca y guerra.

Los caciques que concurrieron a dicha expedición, son:

Lepín Naguel, que en nuestro idioma significa la pluma con el tigre.

Lincon Naguel, el grillo con el tigre.

Lican Naguel, piedra de tigre.

Caulla Mantu, brilla el sol.

Calfingere, zorro azul.

Epullanca, dos piedras verdes.

Alcaluan, guanaco macho.

Tanainanque, buitre arrojado.

Cadupani, león negro.

Guente Naguel, el tigre encima.

Lepiguala, pluma de cuervo.

Pallaguala, echado de espaldas.

Guayquibilu, lanza de víbora.

El número de indios que estos caciques llevaban, se componía de 291; los 123 de lanza, y el resto de bolas potriadoras y sueltas, que llaman los indios sacay.

En 1.º de dicho mes de octubre, caminó esta armada de la laguna que llaman Palantelen, hasta el Médano Partido, distancia 14 leguas, a que fue

preciso hacer alto a esperar la resulta de un chasque que el Comandante había hecho al Señor Gobernador. En todo el tiempo que dicha armada estuvo parada en el médano dicho, no acaeció otra novedad que la de haber muerto la gente algunos leones y tigres, de que abunda mucho este campo.

-36-

Día 2. Nos mantuvimos en dicho médano, de donde se despachó al alférez don Gerónimo González con 18 hombres en busca de ganado para la subsistencia de dicha armada; cuya partida llegó a las cuatro de la tarde, conduciendo 80 cabezas y algunos toros. A las cinco de la tarde llegó el chasque que se esperaba, con las cartas de nuestro Capitán General, en las que ordenaba se incorporase la compañía de la frontera del Salto a dicho cuerpo.

Día 3. A las ocho de la mañana llegó el sargento mayor don Pascual Martínez con 66 hombres, y en su compañía venía la de dicha frontera del Salto, mandada por su alférez. Esta misma tarde nos llovió desde temprano hasta ponerse el sol.

Día 4. Marchamos de dicho médano a las siete de la mañana, y llegamos a la Cruz de Guerra a las once del día, siguiendo el camino de Salinas; y a distancia de dos leguas más adelante dejamos dicho camino y tomamos el rumbo de SE, al que caminamos como once leguas, parando en una laguna bastante grande, dejando otras dos a nuestra retaguardia, aunque crecidas, pero sus aguas salobres. Estas dos últimas son bien conocidas, por unos médanos de arena que están inmediatos, y el uno de ellos de lejos parece la tolda de una carreta; llámase la laguna en donde paró dicha armada, de María de la Cruz; y hasta ella se anduvieron 17 leguas, poco más o menos.

Día 5. Se marchó de mañana al rumbo de SSE, pasando unos grandes esteros, donde se maltrató la caballada que conducía el tren; este mismo día pasamos por unos médanos de arena muy altos, que en su concavidad conservan una laguna de agua dulce, y a su orilla vimos un toldo, y en él un indio muerto, pariente de nuestro aliado el cacique Lepin, el que hacía poco tiempo había fallecido de viruelas, por cuyo motivo se le puso a dichos médanos, el nombre de Indio muerto. Y habiendo pasado adelante como 5 leguas, llegamos a otros médanos, a donde paramos por ser ya casi puesto el sol; a cuya hora se divisaron dos humos, el uno al E, que dijo Lepin ser en sus toldos, y el otro al S, que le parecía era hacia la Laguna Amarilla. Este día se caminaría como 18 leguas, y por haber muerto unos toros se le dio el nombre de Médanos de los toros muertos.

Día 6. Caminamos de mañana, y a una distancia de 5 leguas se divisó la Sierra de Cairú. Este día empezó a llover desde muy temprano, hasta las tres de la tarde; se atravesaron unos grandes esteros, dejando dicha sierra sobre nuestra izquierda, siguiendo el camino al SE, y a la tarde paramos a la orilla de un arroyo crecido y pantanoso, y se le puso el nombre de San Bruno. Se caminaron este día 14 leguas poco más o menos, llegando todos mojados.

Día 7. Se marchó de mañana, atravesando grandes esteros, hasta que llegamos a una gran laguna, que los indios llaman en su idioma Tenemeche, y nosotros le pusimos el nombre de Santiago Apóstol. Tiene dicha laguna de circunferencia cosa de cinco leguas, y de N a S como dos, antes más que menos; es muy honda, pues inmediatamente que cae el caballo nada; su fondo

es arena, tiene por partes barrancas; es agua muy dulce, suave y clara, no tiene pajonal ni broza alguna; mantiene mucho pescado, como bagres amarillos, blancos y otros peces que parecen truchas. Le entran por la parte del S dos arroyos, y desagua por otro que corre al E; al N de dicha laguna tiene dos médanos pequeños en los que se crían mariscos en el cual paraje acampamos; y a las 6 de la tarde llegaron dos indios del cacique Lepin, enviados del capitán Lican (que manda la gente de dicho Lepin, y es el heredero del cacicazgo, por fallecimiento del cacique Lepin). Estos dieron noticia al Comandante, que estaban acampados hacia la Sierra del Cairú, a distancia de cinco leguas de nuestro acampamento para unirse a nosotros; con cuya noticia volvió a despachar el Comandante estos dos indios, mandando llamar a Lican, el que con efecto llegó a las ocho de la noche, y dando razón del número de los indios que tenía, se retiró.

Día 8. Marchamos de mañana, y llegamos adonde estaban acampados los indios a cosa de las tres, y estos nos esperaron formados en línea, armados con sus coletos y lanzas, saludándonos con escaramuzas y griterías (que es su costumbre), viéndonos precisados a usar aquellas mismas acciones en correspondencia; y uniéndonos, marchamos dejando la Sierra del Cairú al E, acampando a media tarde, por habernos llovido todo el resto de ella. Esta misma tarde llegaron a nuestro campamento dos indios enviados del cacique Lincon, manifestando estar pronto el dicho y los demás caciques con sus indios, para seguir nuestra derrota.

Día 9. Con el motivo de haber amanecido lloviendo, y todos mojados, pues fue preciso pasar el agua a caballo, se paró todo este día, a fin de que secasen las ropas.

Día 10. Marchamos de mañana, y habiendo caminado a distancia de 6 leguas, poco más o menos, estando inmediatos a una laguna, llegó Francisco Almirón y Luis Ponce, intérpretes que llevábamos de nuestra parte, y dijeron al Comandante de parte de dicho Lincon y de más caciques, hiciésemos alto, que querían recibirnos en aquel paraje. -38- Con este motivo ordenó dicho Comandante hacer alto; formó la gente, tomando por espaldas la laguna. Mandó poner la artillería en tierra y montaña, y que la puntería, para en caso necesario, la hiciesen a la cabeza de la silla o lomillos del jinete, teniendo las mechas prendidas y encendidas en el guardafuego, distribuyendo el orden de lo que debían ejecutar los de la formación. Y estando prevenidos, a cosa de las once o doce del día, se vio venir la indiada, formada en batalla con sus armas, coletos y algunas cotas de malla; y estando a distancia de cuatro cuabras de nosotros, largaron sus caballos, y a todo correr, tomando nuestro costado izquierdo, pasaron del otro lado de la laguna por nuestra retaguardia, dando vuelta por nuestro frente, lo que ejecutaron por dos ocasiones, formándose por nuestro costado izquierdo. A poco rato se vinieron todos los caciques, y uniéndose el Comandante con la oficialidad, salimos a recibirlos; y después de grande razonamiento que dichos caciques hicieron y lo fue explicado a dicho Comandante por los intérpretes, se dieron las manos uno a uno hasta el último oficial, y retirándose el Comandante y dichos oficiales con los caciques, los regaló, mandando a un mismo tiempo echar pie a tierra a nuestra gente, para que acampase y comiese; y antes de ponerse el sol se retiraron a sus toldos.

Día 11. Se marchó de mañana, y habiendo caminado como cosa de 4 leguas,

llegamos a la tolдерía del cacique Lincon, dejando a la batida del N la del cacique Alcaluan y otros; (este cacique mantiene una majada de ovejas y cabras). Éste, luego que llegamos, nos mandó dar providencias de ganado, y acampando nuestra gente, paramos hasta el siguiente día. Esta misma tarde pasó revista a su gente dicho cacique, en que hicieron varias escaramuzas y ejercicios de a pie y a caballo.

Día 12. Marchamos a cosa de las ocho del día, y el motivo de salir a estas horas fue, porque determinó el Comandante dejar en los toldos de dicho Lincon, tres carretillas, llevando sólo una con los dos cañoncitos y municiones, para con este motivo abreviar las marchas. Y llegando a un río, que llaman el Salado, acampamos entre las cinco o seis de la tarde, a cuyo río se le puso el nombre de Nuestra Señora del Pilar, por haber llegado este día. Es muy pantanoso, y el agua muy salada, pues habiendo un manantial que los indios tenían abierto de propósito, con dificultad se podía usar de ella; este día se marcharían como 12 a 13 leguas.

Día 13. Marchamos de madrugada, y llegamos al Río de los Sauces, que está de esta banda del N de la Sierra de Casuatí, de donde se divisa dicha sierra. Este río es de mucha agua, buena y dulce; -39- tiene muchos pasos de piedra, sauces y pescado: (éste, dicen los indios, entra de Santiago Apóstol, que ellos llaman Tenemeche). Aquí hicimos nuestra parada, y se caminó como 14 leguas, habiéndose ido una parte del ganado que llevábamos, por descuido de los que hasta los tres o cuatro días.

Día 14. De madrugada se despachó una partida a explorar el campo, y a las tres del día rompimos la marcha, costeano dicho río; y habiendo caminado cosa de 8 leguas pasamos por la tolдерía que fue del cacique Lincon, adonde los indios de nación teguelches lo habían avanzado. Estaban los toldos armados y muchos indios muertos; pues estos bárbaros adonde los llegan a avanzar, y matar alguno o algunos, ya no viven más allí, ni llevan los toldos, porque todo lo abandonan. Y pasando dicha tolдерía como cuatro leguas, llegamos a campar a la orilla del propio río, habiendo caminado cosa de 12 leguas.

Día 15. Nos mantuvimos en propio paraje, por habernos llovido toda la noche y parte de la mañana; esta tarde se revistó toda la armada, y hallamos que se componía de 231, como queda dicho. Toda la armada se divirtió en pescar, y los indios llaman al pescado challhua.

Día 16. Habiendo caminado de mañana como tres leguas, llegamos a pasar un arroyo que viene del lado del S, de una abra de la sierra, y éste entra en el de los Sauces, el que lleva bastante agua y es pantanoso. Lo pasamos con bastante trabajo; y habiendo caminado como cosa de tres leguas, llegamos a parar sobre la barranca del de los Sauces, a la banda del E, y los indios se pasaron de la otra parte, que hace como una península, donde le sirvió de asilo al cacique Lincon cuando le insultaron los indios ranqueles. Esta misma tarde llegó la partida que se había despachado, y no hallaron vestigio alguno, aunque llegaron a la falda de la sierra. Este día se caminarían como 12 leguas.

Día 17. Dejamos el Río de los Sauces, y comenzamos a caminar por dentro de la sierra, de la cual se despenan muchos arroyos. Las que se pasan son sierras muy altas, y en ellas no se encuentra árbol alguno, por ser todas ellas de piedra muy pelada y limpia y habiendo caminado como ocho leguas dimos con un gran río, el que pasamos casi a nado, y está tan poblado de

saucos muy grandes y gruesos, que por eso le dan el nombre de los Saucos. Corren sus aguas al S, y el otro, antes de entrar en la sierra, al N.

Habiendo pues caminado como tres leguas de donde lo vadeamos, llegamos a campar en su propia orilla, la que está poblada de muchos nabos, que son muy grandes y no de -40- mal gusto; vense así mismo en dicho río diferentes árboles de chañar, piquillin y espinillos. Esta tarde se despacharon tres indios a que fuesen a viajar río abajo. A este paraje se le daba el nombre de Ventana, siendo cierto que todas las piedras tienen a su remate muchas quebradas, por donde entran y salen a uno y otro lado de las pampas. Se caminó este día como 13 leguas.

Día 18. Se marchó de mañana por la dicha sierra y río, y a las cinco de la tarde lo volvimos a pasar a la banda del SE, en el que se nos volcó la carretilla, y se mojaron algunas municiones. Este día nos llovió a media tarde; paramos a cosa de las seis.

Día 19. Marchamos de mañana; dejando el río de los Saucos, atravesamos la sierra para el SE; y caminando a dicho rumbo por entre unas breñas y cerrillos con mucho trabajo, llegamos a salir a la pampa que yace del otro lado de dicha sierra, llegando a las cinco de la tarde a un arroyo en donde paramos; habiendo caminado este día como 12 leguas, quedando a nuestra retaguardia otro arroyo a distancia de cinco leguas, y muchos médanos que se hallan poblados de chañares y algunos árboles de piquillin. Esta tarde misma llegó la partida que se había despachado de madrugada, con la noticia de haber hallado un rastro que tiraba hacia la costa del mar; se despacharon en el acto seis indios, cada uno con tres caballos, a viajar la campaña; al nominado arroyo se le dio el nombre de San Pedro de Alcántara.

Día 20. Se dispuso la marcha de madrugada, y fue grande el trabajo que nos dio la carretilla para pasarla por dicho arroyo, por ser pantanoso y barrancoso; de suerte que fue preciso con los sables y lanzas cavar alguna cosa para hacer bajada, pasando las municiones a pie, y poniendo en las carretillas 20 hombres a caballo, que con lazos a la cincha la fuesen deteniendo por lo perpendicular de dicha bajada. Últimamente se siguió la marcha al SO, por médanos bastantemente incómodos, que en los más de ellos se encuentran algunos árboles pequeños de chañar, que con sus espigas maltratan mucho a las cabalgaduras. Asimismo se encuentra en dichos médanos bastante tomillo, parrilla y otras yerbas medicinales; y siguiendo pasamos un gran estero con mucha agua, que tenía de largo más de media legua, y saliendo a un albardón, paramos hasta el otro día, habiéndose caminado como 11 leguas, poco más o menos.

Día 21. Se caminó de mañana, y comenzamos a pasar el Saladillo, de mucho pantano y agua, que tiene de largo más de seis leguas, siendo imponderable el trabajo para pasar la carretilla; pues aun de los que pasaban en su caballo cayeron varios, y entre ellos el Comandante, metiéndosele -41- el caballo de ancas hasta el cimientito de la cola, viéndose precisado a echar pie a tierra y sacarlo de la rienda. Pasamos en este trecho 22 arroyos, de suerte que a las cuatro de la tarde, con corta diferencia, salimos a unos médanos en donde paramos, que se hallan a la salida de dicho bañado, en donde fue preciso cavar pozos con los sables y lanzas para poder beber agua, que, aunque abundaba, era toda salada. Esta misma tarde se dispuso el despachar 10 indios con nuestro baqueano José Funes,

(aunque éste sólo lo era de nuestros campos) porque de aquellos que transitábamos no había más baqueano que la india Cacica, mujer de Lincon, que era la que nos guiaba. (A esta india en la sorpresa que a su marido le hicieron los indios teguelches, la llevaron cautiva hasta el Río Colorado, de donde tuvo la felicidad de escaparse por medio de dos indios amigos de su marido). A cuya partida le dio orden el Comandante no volviese sin traer noticia fija del paradero de los indios enemigos, respecto a que la dicha cautiva decía haber dejado de esta banda del Río Colorado 42 toldos.

Día 22. Nos mantuvimos en el propio paraje, aguardando las resultas, y sólo determinó el Comandante mandar dos partidas a los costados de derecha e izquierda, por si se hallaba algún rumor o rastro de los enemigos.

Día 23. Nos mantuvimos en nuestro campamento, sin noticia alguna de las partidas que se habían despachado. Este día tuvimos ventarrón, con algunos aguaceros y granizo, que duró lo más del día.

Día 24. Manteniéndonos en el mismo paraje, llegaron las dos partidas últimas sin novedad alguna. Esta misma tarde a las seis llegó la partida de los 10 indios con nuestro Funes, trayendo la noticia de haber hallado los vestigios de dos tolderías, una mayor que otra, que había pocos días se habían mudado; hallando asimismo dos perros bayos que se consideraba ser de los enemigos. Por cuyo motivo se determinó a pasar el río un indio de dicha partida, siguiendo el rastro, que halló del otro lado, y sólo pudo descubrir cuatro caballos, los que dijo había corrido con ánimo de tomarlos y traerlos a nuestro campo; pero que no pudo conseguirlo a causa de hallarse solo, en pelo en su caballo y desnudo, afligiéndole el frío. Con cuya noticia se determinó el cacique Lincon a ir a bombarlos y dar aviso de lo ocurrido; con efecto marchó antes de ponerse el sol.

Día 25. Nos mantuvimos en dicho acampamento, esperando el aviso de dicho cacique. En esto; en pocos días se nos aniquiló la caballada por defecto de los pastos y la agua salada, y a un mismo tiempo se nos iba -42- acabando el bastimento, pues no había más de siete toros; no obstante que el Comandante por divertir los pensamientos de la tropa, los hacía formar a las tardes, mandándoles hacer algunas evoluciones.

Día 26. A las tres de la mañana llegó un indio, despachado de Lincon, con la noticia que habían bombeado a los indios, que fuésemos cuanto antes; y efectuándolo, marchamos inmediatamente, aunque con grandísimo trabajo por los muchos médanos y arena suelta que había. Llegamos a una laguna a las cinco de la tarde, poco más o menos, habiendo caminado como 16 leguas, en cuya distancia no se encuentra aguada, y en ella se dio providencia de dejar la caballada. Y con efecto, dejándola al cargo de un oficial reformado, don Roque Galeano, con 20 soldados, luego que oscureció marchamos, llevando cada uno un caballo de diestro; y caminando la noche toda, aunque con bastante trabajo por los muchos árboles que se encuentran en el camino, y ser la noche oscura, llegamos antes del amanecer dos leguas distantes del paso del río, adonde encontramos con el cacique Lincon.

Día 27. Habiendo comunicado el dicho Lincon con el Comandante, le dio la noticia que, habiendo enviado cuatro indios de la otra banda del río, éstos le avisaron que habían visto hacienda, por cuyo motivo había mandado el chasque al Comandante, diciéndole había bombeado los indios que estaban

a distancia de 3 o 10 leguas, del otro lado del río. Y caminando después que el sol salió, todos juntos, río abajo, como cosa de dos leguas, y reconociendo los parajes donde habían estado las tolderías, se hallaron 45 fogones, por donde se ha discurrido ser otros tantos toldos; y preguntándoles por el paso de dicho río, respondieron ser aquel en donde estábamos, y se infiere, porque las sendas que parecen camino de carretas paraban allí mismo a la orilla de dicho río. Tiene de ancho este río más de 300 varas en dicho paso y todo a nado. En este mismo día se determinó mandar una partida de 10 indios con un cabo de los nuestros y dos soldados, los que pasaron a nado en sus caballos, llevando la ropa en una pelota de cuero, y los indios en unos palos a modo de balsa, la que iba amarrada a la cola de un caballo. En este intermedio dispusimos el armar unas balsas y un bote de cuero, ínterin aguardábamos las resultas de dicha partida.

Día 28. Entre nueve y diez del día llegaron los que habían pasado a vigiar la campaña, y dieron noticia los indios que habían visto hacienda de yeguas, y nuestro cabo dijo de no haber nada; que lo que se había visto eran pajonales, y no es de admirar se -43- padeciesen estas equivocaciones, pues estas diligencias del bombeo se hacen de noche. Viendo la perplejidad en que quedábamos, determinó dicho Comandante enviar otra partida y con ella al teniente don Francisco Macedo, con un soldado, llamado Lorenzo Barrio-nuevo, para que trajesen razón cierta de los enemigos; en cuyo intermedio fueron pasando todos los indios amigos a la otra banda del río, aunque con grandísimo trabajo, a causa de haberse levantado un gran viento que causaba bastantes olas en dicho río.

Día 29. Llegó la partida, y con ella el teniente Macedo, quien dio la noticia había llegado a los toldos de los indios enemigos, quienes habían hecho una precipitada fuga, luego que nos sintieron esa noche, por cuyo motivo se vio precisada nuestra indiada a pasar el río de esta banda donde nosotros estábamos. A poco rato de haber llegado este oficial, divisamos un grande fuego que los indios enemigos hicieron, que naturalmente fue hecho para que en caso que los siguiésemos no pudiésemos dar con sus huellas; pero atendiendo a que estábamos enteramente sin bastimento alguno, nos vimos precisados a retroceder, y sólo dimos lugar a que los indios amigos acabasen de pasar a esta banda, y a estas mismas horas, que serían como las cinco de la tarde, se dio orden para marchar. No quiero dejar en blanco lo formidable de este río, pues antes de llegar al paso se ve por diferentes partes que tiene de ancho más de cuatro cuerdas, y en otras más. Tiene diferentes islas o bancos de arena, es muy rápido y caudaloso; sus aguas son dulces y suaves, y en el río son bermejas; se ven lobos marinos y en su orilla hay algunos árboles de sauces de los que se forman las balsas que quedan referidas, y por su mucha corriente va robando las barrancas y haciéndose cada vez más ancho. Continuamos marchando hasta las once de la noche.

Día 30. Marchamos al salir el sol, y llegamos a nuestras caballadas, en donde paramos cosa de dos horas, ínterin la gente tomaba un poco de agua caliente; y volviendo a marchar, seguimos hasta las dos de la mañana que hallamos agua; aquí se paró hasta el día.

Día 31. Caminamos a las siete de la mañana, y a cosa de una hora entramos en el Saladillo, pero por mejor parte, porque era el rumbo del N y el que

había llevado nuestra baqueana cuando se vino del Río Colorado, y nos iba guiando con su marido el cacique Lincon. Aquí se volvieron a pasar los 22 arroyos y los grandes bañados, y habiendo salido de ellos, llegamos a las seis de la tarde al -44- arroyo de San Pedro de Alcántara, adonde se hizo noche este día se cazaron algunas liebres y venados, que nos sirvieron de sustento.

Día 1.º de noviembre. Caminamos de madrugada por la costa de dicho arroyo cosa de cinco leguas, y habiéndolo pasado, caminamos por unos grandes cerrillos muy guadalosos, y llegamos al Río de los Sauces a las cinco de la tarde, más abajo de la sierra. Aquí se hizo noche este mismo día, ayudando los mismos indios a cazar a nuestra gente, aunque no dejaron de hallarse bastantes huevos de avestruz, con lo que se saciaba el apetito.

Día 2. Caminamos de madrugada río arriba como dos leguas, buscando paso, y habiéndolo pasado con bastante trabajo por estar casi a nado y tener que pasar las municiones a pie, luego que nos pusimos de la otra banda, dio orden el Comandante para que el teniente don Francisco Macedo se aprontase con 30 hombres del cacique Lepin y Alcaluan, y marchasen con la carretilla a incorporarse con los demás que estaban en la toldería del cacique Lincon, y unidos con las familias de estos caciques marchasen al Arroyo del Cairú, con la orden de esperarnos allí hasta nuestro regreso. Y habiéndonos despedido, caminamos río abajo el rumbo del S, y a las seis leguas, poco más o menos que caminamos, vimos la toldería que el cacique Lincon había avanzado a los teguelches el año pasado, y caminando tres leguas más adelante, hicimos alto. Esta tarde se despachó una partida a explorar el campo, y se tomó bastante caza.

Día 3. De mañana marchamos, dejando el Río de los Sauces, y tomando el rumbo del E. Caminamos como 14 leguas, y paramos en la costa de un arroyo; a eso de las seis de la tarde llegó la partida que se había despachado el día antecedente, con la noticia de no haber rumor alguno.

Día 4. Nos mantuvimos en el mismo arroyo para dar descanso a las caballadas. Este mismo día se despachó otra partida de mañana, para que fuese a correr el campo hacia la costa del mar, y volviendo esa misma noche no trajo novedad alguna, habiéndose divertido la gente de la armada en cazar; y aunque no faltó qué comer, pero no hallaba leña, y la que suplía era bosta de caballo, aunque escasa.

Día 5. Caminando de mañana al rumbo del E como cuatro leguas, llegamos a otro arroyo de bastante agua, y habiéndolo pasado, hallamos en su orilla un rastro de ganado de tres o cuatro vacas -45- y de una mula, como que arriaban dichas vacas; por cuyo motivo fue preciso hacer alto y despachar al hijo del cacique Lincon, con una partida al reconocimiento de dicho rastro, enviando al mismo tiempo otra partida de nuestra gente. Y habiendo vuelto esta última, a la una del día, con la noticia de no haber hallado novedad alguna, determinaron los caciques el marchar aquellas horas; pero nuestro Comandante se opuso, por no haber venido la partida primera que se había despachado, sobre que tuvieron sus contiendas; pero al cabo, cediendo a las instancias de los caciques, marchamos. Y habiendo caminado como 6 leguas, alcanzó un indio de los de aquella primera partida, con la noticia de haber visto bajar algunos indios con cargas hacia el arroyo, con cuya novedad mandó el Comandante que inmediatamente se mudasen caballos; y retrocediendo con una marcha bastantemente larga,

volvimos al mismo arroyo, a cosa de las nueve o diez de la noche. Debiendo prevenir, que al tiempo de romper la marcha, llegó el hijo de Lincon, asegurando haber visto dichos indios, por cuyo motivo, luego que mudó caballo este indio, se envió, adelante con cinco indios, y nuestro baqueano Funes, dándoles la orden los bombeasen, enviando uno o dos a encontrarnos por estar la noche muy oscura y no perder el rumbo. A este mismo tiempo nos empezó a llover, y serenándose la noche, nos mantuvimos sobre el mismo arroyo, y luego que mudamos caballos seguimos el arroyo arriba como cosa de 4 leguas; y habiendo amanecido, se despacharon tres partidas por todos aquellos contornos. Volvieron a nosotros como a las siete de la mañana, diciendo no habían podido divisar cosa alguna, por lo que nos volvimos para el propio campo a unirnos con nuestras caballadas. Día 6. Habiendo descansado como dos horas, poco más 6 menos, seguimos nuestra derrota, y en todo el día no hallamos agua, por cuyo motivo se nos rindieron algunos caballos, viéndonos precisados a dejarlos y a parar a puestas del sol; habiéndose adelantado los indios en solicitud de agua, no comiendo nada este día por defecto de leña y agua.

Día 7. Caminamos de mañana, y llegamos donde estaban nuestros indios, que se hallaban acampados en una laguna muy grande, cuyas aguas son salobres; pero habiendo cavado algunos pozos, paramos como cuatro horas para que la gente comiese, y bebiesen las caballadas. Y habiéndolo así ejecutado, nos pusimos en marcha, y a las cinco de la tarde llegamos a un arroyo bien grande y barrancoso, pero el agua es salobre. Aquí paramos y nos pusimos a pescar con unos anzuelos que se hicieron de unas agujas, con los -46- que se pescaron muchas truchas. Todo el campo que este día se caminó abunda mucho de leones, de cuyas carnes se proveyó la gente para comer, y de las pieles se calzaron muchos, haciéndose botas por estar descalzos, y entre ellos el capitán don Juan Antonio Hernández, quien habiendo muerto uno se hizo unas botas, con las que concluyó todo el resto de la expedición. La indiada nuestra pasó adelante hasta perdersenos de vista; y a las seis de la tarde llegó un indio mandado del cacique Lincon, el que dio la noticia a nuestro Comandante que su cacique había hallado un rastro en que reconocía que los indios enemigos estaban cerca, porque había visto muchos fogones, y las carnes de los animales que habían cazado para comer estaban aún frescas; a cuya noticia dio orden el Comandante nos pusiésemos en marcha, lo que habiéndose ejecutado nos comenzó a llover, y caminando hasta las doce de la noche, paramos por ser muy oscura, no teniendo baqueano para ir adonde los indios nuestros estaban, pues el que vino con la embajada dijo, no podría dar con los compañeros, por cuyo motivo nos mantuvimos parados hasta que viniese el día.

Día 8. Caminamos de mañana; y a distancia de cinco leguas y entre unos cerrillos, a cuya falda corre un arroyo, hallamos a todos nuestros indios acampados. Aquí paramos el resto del día para que descansase la caballada, dándole noticia dichos indios al Comandante iba el rastro como para el Río de Quequén arriba. Estos campos son muy doblados y sin leña.

Día 9. Se marchó de mañana, siguiendo el rumbo del E, (que fue el rumbo que se seguía desde que dejamos el Río de los Sauces) y a distancia de seis leguas, hallamos un estero y laguna muy grande, y en dicho estero ocho cerdos, que matándolos se proveyó la gente de carne con estos, y algunos avestruces y venados que se asaron; hubo este día que comer a

satisfacción. Divisamos el Cerro de la Tinta al N, con las demás sierras, y reconocimos estar muy internados al S de ellas, y llegando a un arroyo a las cinco o seis de la tarde paramos en él, divisándose a un mismo tiempo gran porción de yeguada, y saliendo los indios a correrla, se proveyeron de carne para mucho tiempo. Esta misma tarde se dio orden al cacique Caullamantú, para que saliese con 15 indios a explorar la campaña y nos esperase en el Río Quequén. Se conjetura marchamos este día de 15 a 16 leguas.

Día 10. De mañana, antes de madrugada, se despachó al capitán Lican con 10 indios, para que fuese explorando el campo por -47- la banda del E, por cuanto Caullamantú llevó el orden de internarse al S hasta dar con el Quequén. Y habiendo marchado todos unidos con el silencio posible, llegamos a un arroyo, después de haber caminado más de 14 leguas, cuyas aguas son salobres y muy barrancoso (éste entra muy al S en el Quequén); y queriendo nuestro Comandante seguir a las sierras, le previnieron los indios no era posible, por hallarse todo aquel campo sin agua, por cuyo motivo caminamos arroyo abajo, y a distancia de cinco leguas encontramos al capitán Lican, quien nos dio noticia haber hallado una yunta de caballos, que hacía el juicio fuesen de algunos potreadores que los habrían perdido. Aquí se hizo la noche.

Día 11. Madrugamos de mañana, y a las cinco o seis leguas encontramos con el cacique Caullamantú; éste venía costeando el Río Quequén, y dijo no haber encontrado novedad alguna. Costeamos dicho río, y a cosa de las doce del día lo pasamos con grandísimo trabajo por ser muy barrancoso, y cuanto más internado al S es mucho más; sus aguas son dulces y buenas; es necesario buscar paraje para pasarlo en donde haya alguna restinga de piedra, porque no siendo así, es pantanoso y es preciso pasarlo a nado. De aquí seguimos la marcha hasta un arroyo, que siguiendo el mismo rumbo del E está a distancia de seis leguas, y con motivo de parar en él, se le puso el nombre de Arroyo de San Martín. Esta misma tarde despachó el Comandante dos partidas de indios, incluyendo en cada una tres hombres de los nuestros, la primera que diese vuelta a las sierras del Tandil y Volcán, y la otra al S. Caminamos este día 14 leguas, poco más o menos, y aunque este campo abunda de mucha bosta para hacer fuego por haber mucha yeguada, pero se encontraba muy poco que guisar en él.

Día 12. Habiendo caminado de mañana distancia de cinco leguas, llegamos a pasar un gran arroyo de mucha barranca y profunda; y siguiendo el mismo rumbo del E, llegamos a las doce del día a un arroyo pequeño, donde paramos para que comiese la gente de lo que se había cazado, y descansase la caballada un poco. A las dos de la tarde seguimos la derrota, hasta enfrentar con la Sierra del Volcán, teniéndola a nuestro N muy distante, donde paramos en otro arroyo, a aguardar las partidas que se habían despachado. Este día se caminaron como 14 leguas; los campos son muy abundantes de agua, por tener muchos arroyos que vienen de las sierras, pero muy pobres de leña, pues no se encuentra más que bosta.

Día 13. Se marchó de mañana; se pasaron este día cinco arroyos, -48- no muy distantes unos de otros, y paramos a media tarde en los Cerrillos del Volcán, a la orilla de un arroyo hacia la costa del mar, a aguardar las partidas; y a cosa de las cinco de la tarde, despachó el Comandante a Nagualpan, hijo del cacique Lincon, con seis indios, a saber de las

partidas. Este día se caminaron como 10 leguas.

Día 14. Antes de romper la marcha, llegó un indio de la partida que tiró al S, con la noticia de haber encontrado unos caballos mancados, y a un mismo tiempo, previniéndonos nos fuésemos arrimando para la costa. Y puesto en ejecución, marchamos por entre unos cerrillos que ocultaban la marcha, pasando cuatro arroyos algo distantes unos de otros; al quinto pasamos a cosa de la una o dos de la tarde, y a poco rato, llegó Pedro Funes con la noticia de haber visto animales de color y dos jinetes que los arreaban, y que sin duda estaban allí los enemigos. Y preguntándole el Comandante, qué trecho habría desde donde estábamos acampados, adonde conjeturaba estaban los enemigos; le respondió que de seis a ocho leguas. Con esta noticia, mandó dicho Comandante tomar caballos para marchar, lo que se ejecutó inmediatamente, pasando muchas quebradas, hasta que al tiempo de ponerse el sol, estando mudando caballos, llegó la partida que había tirado hacia el Tandil y Volcán, sin novedad alguna; y haciendo estos la misma diligencia, luego que concluyeron mandó dicho Comandante repartir entre los indios las divisas que para este fin llevaba, y así a cada indio de los de bolas se le dio una banda blanca de platilla para que pusiesen como turbante, y a los de lanza se les dio para que pusiesen en ellas como bandera, y de esta suerte fuesen conocidos de nosotros en la refriega. Concluida esta diligencia se marchó con grande orden y silencio, hasta que llegamos adonde estaba el resto de la partida que dio el aviso, y un indio de los del cacique Lincon avisó al Comandante haberlos bombeado, y a un mismo tiempo le avisaron del potrero en donde tenían dichos enemigos la yeguada; con cuya noticia dio orden de dejar las caballadas en una quebrada que hacía dos sierras, y al cuidado de ella 16 hombres, mandando a aquellas mismas horas una partida de 40 indios con 10 soldados de armas de fuego, con la orden que esperasen el día en el paraje que les pareciese más oculto o inmediato a la puerta de dicho potrero, para que luego que amaneciese sorprendiesen a aquellos indios que se consideraban estar en la puerta de dicho potrero, como custodia, para que no saliesen de él dichas yeguas. Luego que marcó dicha partida, marchó también nuestra armada con el resto de los demás indios a distancia de dos leguas, -49- en donde se hizo alto esperando el día para avanzar de madrugada por la banda del S.

Día 15. A las tres de la mañana marchó nuestra armada, y a distancia de legua y media dimos con un grande estero o bañado muy pantanoso, que no se podía romper con los caballos; y llegando a un arroyo que pasamos a nado, corrimos más de una legua, y reconociendo que los indios iban perdidos por una gran niebla que nos sobrevino esta mañana, volvimos a pasar dicho arroyo, caminando al SE, y habiendo salido el sol, atendiendo el Comandante que aquella partida que despachó la noche antes ya habría llegado a la acción, y que oyendo los tiros era natural pensasen los enemigos tenían a todo Buenos Aires sobre sí, y que con este motivo tirasen a huir, dispuso en aquel pronto desparramar en pelotones indios y cristianos. Y con efecto de esta suerte se logró el lance, pues conforme iban huyendo, iban cayendo en las manos de los nuestros; pues fue tal el susto, que yendo un indio enemigo de huida, se encontró con Francisco Almiron, soldado de la compañía de don Juan Antonio Hernández, y preguntándole en su idioma, que adonde iban, le respondió dicho indio,

«voy de huida, porque nos han avanzado»; a cuya respuesta le enristró la lanza, arrojándole muerto del caballo abajo. Últimamente, se penetraron todas aquellas breñas, y no hallándose más indios, se dio orden a que se uniese nuestra gente, porque los indios amigos acudieron al pillaje de los animales, que en mi juicio pasaban de 4000, entre yeguas y potros. Luego se dispuso el que contasen los cuerpos, y se hallaron 102; no se duda el que fuesen más los muertos, pero como fue tanto el desparramo y los lugares tan escabrosos, no se pudo saber con exactitud esta diligencia. En esta refriega perdimos un hombre. A poco rato le trajeron al Comandante dos indios que se tomaron vivos, y haciéndolos examinar por medio de los lenguaraces, declararon lo siguiente:

«Que el flamenco se hallaba 5 ó 6 leguas distante de aquel paraje, con cinco toldos; que éste había bajado a Buenos Aires trayendo una cautiva, y lo que volvió a sus toldos envió recado a los indios teguelches (adentro), que engordasen la caballada, que dejaba engañados a los cristianos, y que actualmente se hallaban seis españoles en los toldos de dicho flamenco, y entre ellos Diego Ortubia, haciendo trato con yerba, tabaco y aguardiente. Que la tarde antes a este avance llegaron dos indios de chasque, enviados del cacique Guayquitipay, avisando a los ya muertos, que nuestra armada había marchado al Río Muyelec, en seguimiento de ellos, y que no hallándolos, tirábamos hacia la costa del mar; que éramos pocos, que -50- se uniesen y nos acabasen, y que de los dos chasques el uno había muerto en la sorpresa. Que para que no entendiesen este enigma las cautivas que del cacique Lincon tenían dichos teguelches, echaron la voz estos chasques que iban huyendo de dicho Guayquitipay, que los quería matar». Hasta aquí lo que declararon, y fueron pasados a cuchillo. Asimismo se tomaron 11 indias cautivas con sus familias a dichos teguelches; y el motivo de no haberse tomado más, fue porque como dichos indios no estaban de asiento, sino en el servicio de potrero, habían dejado sus familias al otro lado del Río Colorado, y se tomaron también 5 de las 11 que habían cautivado al cacique Lincon, a quien se le entregaron. No se pasó este día a sorprender al dicho flamenco, por haberse huido 7 indios, y es natural fuesen a refugiarse a él, y con el aviso huyesen unos y otros; y por estar distante como 5 ó 6 leguas. Concluido lo dicho, nos retiramos adonde estaban nuestras caballadas, y después de haber comido la gente, y mudado caballos, caminamos atravesando toda la cerrillada, hasta salir de la banda del E de ella; y siendo las cinco de la tarde paramos en una laguna muy grande.

Día 16. Habiendo caminado de mañana, corriendo la sierra por la banda del E, y siguiendo el rumbo del NE, al mediodía llegamos a parar en un arroyo. Pasada la Sierra del Volcán, y habiendo comido de lo que se había cazado, seguimos la marcha hasta las 6 de la tarde, y se acampó hasta el día siguiente. Este campo tiene muchos arroyos, y en ellos hay pescados. Desde el Volcán corre un grande estero o bañado, caminando retirado de dicha sierra como cuatro leguas al N; habiéndose hecho de jornada como 13 leguas.

Día 17. Se rompió la marcha siguiendo el mismo rumbo; pasamos cuatro arroyos y paramos en el último, por ser el sol muy fuerte, y habernos llovido de mañana. De aquí se despacharon dos indios de Lepin, de chasques, con cartas del Comandante al teniente don Francisco Macedo, que

se hallaba en la Sierra del Cayrú, para que, siguiendo el arroyo de dicha sierra, se incorporase con nosotros. A cosa de las tres de la tarde caminamos; y a las seis, con corta diferencia, hicimos alto, acampando en la costa de un arroyo, en que se pescaron muchos bagres. Se caminarían este día 12 leguas, poco más o menos.

Día 18. Marchamos de mañana, y llegamos a hacer mediodía enfrente de la Sierra del Tandil; y habiéndose comido, caminamos -51- y llegamos a parar en una laguna a la oración; no hallando leña para cenar la gente, de lo que se había cazado. Se caminaría este día como 14 leguas, antes más que menos.

Día 19. Caminamos de mañana, y llegamos después de mediodía al Arroyo de la Tinta, cuyo arroyo es mediano; tendrá de ancho como 25 varas, nadan los caballos en partes; tiene bancos o saltos de piedra, sus aguas son muy cristalinas y dulces, mantiene mucho pescado, especialmente truchas en abundancia. Aquí acampamos (habiendo marchado cosa de 10 leguas) por determinar el Comandante echar una partida a correr el campo, por ver si se daba con la toldería del cacique Guayquitipay; y entre las cuatro o cinco de la tarde llegaron los dos indios que se habían despachado de chasque a don Francisco Macedo, dándonos aviso de haberlos corrido dos indios armados, y que se habían escapado a uña de caballo, perdiendo lo que llevaban por delante. Luego que el dicho Comandante tuvo esta noticia, mandó llamar los caciques y les dijo, que por ningún pretexto caminaría a parte alguna ínterin no se juntaba con su gente y carretillas que tenía en el Cairú; y habiendo convenido dichos caciques, quedaron de acuerdo para ejecutarlo así el día siguiente.

Día 20. A las cinco de la mañana, poco más o menos, se rompió la marcha enderezando a la sierra que llaman de Cuello, y sin parar en todo el día se marchó largo hasta llegar a ella, atravesándola toda por una abra o quebrada que corre del E al O; e internados adentro hallamos cuatro indios de Lepin que el cacique Currel enviaba al capitán Lican, con la noticia que el cacique Guayquitipay, en el tiempo que estuvimos internados hacia el Río Colorado, quiso sorprender las familias de Lincon y demás caciques, convidando para este fin dicho Currel, quien no sólo se excusó sino que se separó del dicho Guayquitipay; ¿y qué hacíamos que no íbamos a acabarlo? Que yendo a sus toldos nos guiaría a los del dicho Guayquitipay: hasta aquí dichos chasques. Luego que paramos vino el cacique Lincon, y hablando con el Comandante le dijo, que un día de camino había a la Sierra del Cairú adonde estaba la gente y las carretillas, que no convenía el que pasásemos a dicha sierra, porque yendo sabría su gente y los demás la sorpresa que habíamos hecho a los teguelches, y el avance que pretendíamos hacer a Guayquitipay, que no dudaba tendría este aviso; y así que le daría un baqueano, y que enviase la gente que quisiese, con orden que viniese el teniente Macedo con la que tenía el Cairú y carretillas. Y con efecto, habiéndose así ejecutado, esta misma tarde despachó el Comandante -52- al alférez don Gerónimo González con 25 hombres el referido efecto.

Día 21. Nos mantuvimos en el propio paraje aguardando la gente y carretillas, habiendo tenido este día una gran porción de agua, truenos y viento, desde las once del día hasta la oración. La gente fue a caza y no halló sino algunos avestruces y huevos, aunque escasos, por cuyo motivo no lo pasaron muy bien.

Día 22. A las nueve del día llegó un indio, dando razón que venía la gente y carretillas, y que él se había adelantado para dar esta noticia al cacique Lincon, que no había habido novedad en la toldearía, y que el cacique Alcaluan conducía dos indios presos por parecerle ser espía del cacique Guayquitipay, y que nos traía el mismo Alcaluan ganado para la manutención. A la una de la tarde llegó la gente, carretillas, ganados e indios, pues vinieron 53 de refuerzo; asimismo vino el cacique Cadupani con sus tres hijos, y habiéndoseles dado a la tropa las reses suficientes, yerba y tabaco, quedó contenta, y los dos indios presos se pusieron debajo de guardia, con ánimo de que nos sirviesen de baqueanos. Esta misma tarde concurrieron los caciques a manifestar al Comandante todas las traiciones que dicho Cadupani y su hijo mayor habían usado, después que este último se nos ocultó en el Río de los Sauces para volver a sus toldos, y el primero se volvió del Río Quequén sin avisar al dicho Comandante; y que en vista de ellas era de parecer se les quitase la vida a todos cuatro; a que respondió el Comandante que de madrugada se haría esta diligencia.

Día 23. Estando la gente formada para marchar, dio orden el Comandante al sargento mayor don Pascual Martínez, que siguiese la marcha, y luego que se traslomase a distancia de media legua, hiciese alto; y quedándose el dicho Comandante con 12 hombres, el cacique Lepin y Lincon, habiéndoles dado la orden a estos de lo que habían de ejecutar, viendo ya que era hora, sacando un pañuelo blanco del bolsillo, que era la seña, acometieron a dichos indios y los mataron. Y llegando el Comandante con los dichos 12 hombres, donde lo esperaba la armada, mandó juntar a todos los demás caciques, manifestándoles el hecho, y porqué; y que esto mismo dijese a sus indios, que mientras fuesen leales no se les castigaría; y todos respondieron que estaba bien hecho, que aquellos enemigos tenían menos. Y siguiendo nuestra marcha al N, paramos a la orilla de una laguna, como a las cinco y media de la tarde, habiéndose caminado este día como 12 leguas.

-53-

Día 24. Habiendo caminado de mañana con la pensión del campo malo, por ser todo esteral y bailado con bastante agua, a las doce del día paramos para que comiese la gente, y a las dos de la tarde comenzamos a seguir nuestra marcha, habiéndose levantado a estas horas una gran tormenta de truenos, relámpagos y agua, que nos duró toda la tarde, y nos obligó a parar como a las cinco, buscando un albardón, porque todo el campo estaba anegado, por cuya causa nos mantuvimos a caballo. Se caminaron como 11 leguas habiéndose perdido la sierra de vista a mediodía.

Día 25. Nos amaneció lloviendo, pues nos duró el temporal 24 horas, en las que nos mantuvimos siempre a caballo, y nos hallamos todos metidos entre el agua; y habiéndose serenado como a las tres de la tarde, fue preciso hacer con el barro como unos altos para hacer fuego, para de este modo poder la gente chamuscar un poco de carne, que con algunas charcadas, aunque escasas, favorecidos del sebo de las reses, se pudo conseguir que tomasen algún sustento.

Día 26. Se marchó de mañana, y saliendo a un albardón aquel paramos, dando orden el Comandante se despachase una partida; y, con efecto se despacharon cinco indios y siete españoles llevando uno de los indios presos que sirviese de baqueano, y habiéndola perdido de vista continuó la

marcha, comenzándonos a llover hasta la tarde. De la vanguardia divisaron un jinete que iba costeano un arroyo, al que corrieron más de dos leguas, y habiéndolo tomado lo condujeron al Comandante, y preguntándole de qué toldería era, respondió que de la de Currel, que venía de potrear de las islas, que había tres meses que faltaba de dichos toldos, y tres días que los buscaba sin poder dar con ellos; que sus compañeros se habían quedado atrás, y que allí cerca tenía sus caballos; y mandándolos buscar, se hallaron, y nuestros indios dijeron lo conocían que no era indio de sospecha, y siendo ya tarde y estar todos mojados, buscamos un albardón para pasar la noche. En este intermedio llegó un indio de los de la partida, con la noticia que el indio preso había reconocido donde nos hallábamos; que estábamos cerca; que por la mañana, en almorzando la gente y secándose, caminásemos a donde ellos estaban. Este día se andarían como 9 leguas.

Día 27. Muy de madrugada se levantó el Comandante, y puesto a caballo encargó generalmente a todos, que esa mañana asasen carne y llevasen fiambre, en la inteligencia que no se había de hacer fuego hasta no sorprender al cacique Guayquitipay y los suyos. Con esta advertencia marchamos entre ocho o nueve del día, con -54- grandísimo trabajo, por la mucha agua y esterros que no se puede ponderar; y a las dos de la tarde llegamos donde nos esperaba la partida, la que nos dio noticia de haber visto algunos animales vacunos, por cuya causa nos paramos hasta las cuatro de la tarde que seguimos. Habiendo salido a una loma, hicimos alto, despachando tres indios que fuesen con gran cuidado a bombear, y trajesen noticia cierta, en cuyo intermedio se dio orden de mudar caballo y estar prontos para lo que se ofreciese. Este día se caminaría como 8 leguas.

Día 28. Llegaron los tres indios de madrugada, diciendo habían bombeado esa noche los toldos, pero que les parecía no eran los de Quayquitipay sino los de Currel; que eran sus parciales, que no se les debía hacer daño alguno. Con cuyo motivo se determinó mantenernos en el propio lugar por no ser sentidos, no permitiendo se hiciese fuego en lugar alguno, y que a la noche caminaríamos y cercaríamos los toldos a fin de que no se escapase alguno, y de ellos se sacarían baqueanos para que nos condujesen a los toldos de Quayquitipay, para cuya empresa se despacharon dos partidas, y que éstas estuviesen con bastante cuidado y nos aguardasen hasta que llegásemos. A las cuatro de la tarde llegó la partida de tres indios, que conducía un indio preso de nación teguelche, y siendo examinado por medio de intérpretes dijo; que Guayquitipay lo había enviado a recoger el ganado que con el temporal se les había desparramado; que los toldos del dicho Guayquitipay estaban inmediatos; que eran 25, y 15 del cacique Alequete, pero que estos estaban un poco distantes, y que el cacique Currel se había separado. Con esta noticia mandó el Comandante nos pusiésemos en marcha siendo las seis de la tarde, y a la oración llegamos a un arroyo en el que se mudó caballos, y pasándolo a nado, se dejó a sus orillas las caballadas y carretillas al cuidado de 20 hombres, marchando nosotros el resto de la noche hasta ponernos inmediatos a dicha toldería, llevando al indio teguelche con gran custodia. Luego que éste dijo que estábamos muy cerca, despachó el Comandante dos indios del cacique Lincon, a satisfacerse si estaban o no los toldos, y viniendo con la noticia que era cierto, y que los indios estaban durmiendo, mandó dicho Comandante sacasen retirado al

indio teguelche y le quitasen la vida. En este rato, de día con el resto de la noche, se caminarían de 6 a 7 leguas.

Día 29. Luego que nos dispusimos a marchar para hacer el cerco y sorprender la toldería dicha, al mandarlo poner en ejecución el Comandante, se llegaron a él los caciques amigos y le suplicaron no diese orden de hacer fuego a nuestra gente, después de cercados -55- los toldos, hasta que ellos avisasen, porque querían sacar muchos parientes y amigos que estaban en dichos toldos. Y habiendo marchado ya que aclaraba, picando los caballos, teniendo la gente en orden y avistando los toldos, fuimos de improviso y los cercamos en forma de media luna, llevando al costado izquierdo, hacia la parte del N, los indios amigos, y al costado derecho nuestra gente de lanza, y en el centro las armas de fuego divididas en cinco mangas de a 10 cada una; mandada la primera por don José Bague, la segunda por don Juan Antonio Hernández, la tercera por D. Gerónimo González, la cuarta por don Domingo Lorenzo y la quinta por don Felipe Guelves; pero fue tal el susto que dichos cercados recibieron, que totalmente no sabían lo que se hacían, pues sólo el cacique se mostró en esta ocasión guapo como un Bernardo. Finalmente murió éste, con todos los demás que los indios amigos dijeron no ser sus parciales. Este día se hubieran muerto sobre 150 indios si no les hubieran servido de asilo los caciques amigos; pero quedó enteramente destrozada esta toldería y nuestros parciales llenos de despojos y de aquellas familias de los muertos, en que no quiso tener parte nuestro Comandante, ni ninguno de los nuestros a fin de no disgustar a dichos indios amigos. Luego que se concluyó, se dio orden a la gente se retirasen a descansar y comer, pues había 24 horas que no comían, mandando al mismo tiempo dicho Comandante se trajesen las caballadas y carretillas que estaban distantes como cuatro leguas. Entre 11 y 12 del día llegó un indio ladino, llamado José, de la parcialidad del cacique Lincon, herido, quejándose al Comandante, que yéndose a pasear a unos toldos inmediatos lo hirió un indio amigo del cacique muerto, con cuyo motivo mandó dicho Comandante un recado al cacique Lincon, pidiéndole 30 indios armados, los que inmediatamente estuvieron prontos, y haciendo montar 40 hombres de los nuestros, marchamos a aquellas horas en seguimiento de dichos indios, y yéndolos corriendo a distancia de una legua se nos cayó muerto repentinamente del caballo el alférez don Gerónimo González, y habiéndole avisado al Comandante, volvió atrás, y preguntando qué había sucedido, le respondieron: «no es nada»; y volviendo a alcanzar su gente, luego que se incorporó con nosotros, mandó se detuviese la que iba adelante pero sin dejar de correr. Y a poco trecho se alcanzaron tres indios y una china, y matándolos se les quitó la caballada, así a éstos como a los demás que iban huyendo, de la que se aprovechó nuestra gente; con lo que nos retiramos a nuestro campamento, y unidos marchamos hasta aquel arroyo en donde la noche antes habíamos dejado las caballadas y carretillas, y en donde acampamos hasta el otro día.

Día 30. Caminamos, y todos los indios con nosotros, pasando -56- unos grandes esteros muy pantanosos; y a las cinco de la tarde, habiendo salido a un albardón y caminado, todo el día, paramos para hacer aquí noche, y habiendo concurrido todos los caciques amigos, se despidieron del Comandante y demás oficialidad, diciéndonos pretendían retirarse al otro

día de mañana para sus toldos. Lo que oído por el dicho Comandante, les hizo un razonamiento para que condujesen los rehenes ofrecidos en las paces, por el mes de mayo cuando bajasen a nuestra frontera; lo que ofrecieron harían con gran gusto.

Día 1º de diciembre. Caminamos al rumbo del N muy de mañana, y todos los caciques en vuelta de sus toldos, y llegando nuestra armada a las tres de la tarde al Río Dulce, fue preciso pasar la gente a nado por estar muy crecido; en cuyo transporte se hubieron de ahogar 3 hombres, a no habérseles acudido inmediatamente a favorecerlos; los que se pudieron libertar, aunque con bastante trabajo. Se dispusieron de algunos cueros pelotas para pasar los cañoncitos, pertrechos y demás equipajes, habiendo acaecido el haberse ido a fondo en medio de dicho río una pelota con siete armas y ropa de la gente de la compañía del Salto, la que no se pudo sacar por ser ya de noche y estar la gente rendida de nadar, y se dejó para el día venidero.

Día 2. De mañana se hizo buscar la pelota, y se consiguió el hallarla y sacar todo lo que en ella había, a excepción de dos pistolas que no se pudieron hallar. Desde este paraje determinó el Comandante despachar al capitán don Juan Antonio Hernández, de embajador con los pliegos al Señor Gobernador, de lo acaecido en la expedición; quien se determinó a caminar con 6 hombres de su compañía. Y puesto en camino a las ocho del día, tomó el rumbo del N, habiendo pasado dos arroyos a las tres de la tarde; y siguiendo la derrota hasta las doce de la noche, que se vio precisado a parar por haberle sobrevenido una gran tormenta de lluvia, truenos y relámpagos, y tan oscura, que fue preciso el hacer un círculo para poder sujetar la caballada que llevaban por delante. Y habiéndose serenado a las tres de la mañana, se puso en marcha, llegando a aclarar el día al Río Salado, el que halló crecido y pasó el vado a caballo.

Día 3. Siguiendo a trote y galope, fue preciso ir dejando algunos caballos por el campo, por estar cansados, y no dilatarse en llegar; y a las seis de la tarde llegó a avistar las chacras de la frontera de Luján, de donde caminó toda la noche.

-57-

Día 4. Llegó a la ciudad de Buenos Aires a la una y media del día, y habiendo entrado al Fuerte y siendo avisado nuestro Capitán General, mando Su Señoría, subiese arriba; a quien entregándole los pliegos, y leídos, se sirvió permitirle fuese a descansar hasta el otro día de mañana, pues ya hacía tres días y dos noches no había dormido ni descansado dicho capitán.

Día 5. A las doce del día fue servido el Señor Gobernador despacharle con cartas en respuesta del pliego al comandante don Manuel de Pinazo, por no haber si lo posible antes, pues se hallaba ocupado en la Junta con el Ilustrísimo Señor, y saliendo de la ciudad caminó toda la noche, y entregó dicho pliego al otro día 6 al dicho Comandante, y se le permitió el retirarse a su casa por estar nuestra armada a las inmediaciones de la Chozza.

Calidades y condiciones más características de los indios pampas y aucaces

Primeramente, son de estatura, por lo regular, dichos indios mediana, de cuerpo robusto, la cara ancha y abultada, la boca mediana, la nariz roma, los ojos pardos, y sanguinolentos, la frente angosta, los cabellos lacios y gruesos, la cabeza por atrás chata.

Su vestimenta se compone de muchos cueritos de zorrillos, pedazos de león, y otros de venado, los que van ingiriendo, y hacen uno de dos y media varas de largo, que le llaman guavaloca, y nosotros quiapí, con lo que se cubren desde el pescuezo hasta los tobillos, fajándose por la cintura con una soga de cuero de potro, y cuando tienen frío o llueve, lo alzan y quedan tapados.

Las indias gastan quiapí, lo mismo que los indios, con la diferencia de que no lo atan por la cintura, sino por el pescuezo, que lo apuntan con unos punzones de fierro pequeños, teniendo las cabezas de ellos como espejos de plata o de hoja de lata, y desde la cintura un tapa-rabo corto, a medio muslo por delante. Gastan y quieren mucho los abalorios, cuentas de cualesquiera calidad y cascabeles, con los que hacen gargantillas en pescuezo, muñecas y piernas, tanto las mujeres -58- como los indios. Su comida se reduce a comer yegua, caballo, avestruces, venado y cuanto animal encuentran, pero lo que más apetecen es la yegua, y si se ven afligidos, la comen cruda. Principalmente procuran para almorzar cazar un venado, y apenas lo bolean (pues es su modo de cazar), le agarran de las piernas y le dan contra el suelo un golpe, y dándole un puñetazo en cada costillar, lo degüellan, no permitiendo que le salga sangre alguna, sino que se le vaya introduciendo todo por el garguero, y medio vivo lo abren por entre las piernas, cosa que quepa la mano, y echándole fuera todas las tripas, sacan la asadura entera y se la comen como si estuviera bien guisada, sorbiéndose el cuajo, como si fuera un pocillo de chocolate. El sebo, panza y lebrillo de la vaca lo comen crudo y gustan mucho de ello, de suerte que cuando hacen invasión en nuestras fronteras, no son sentidos, porque como no necesitan de fuego para comer, se introducen con facilidad.

Son sumamente viciosos en toda clase de vicio; son grandes fumadores; el aguardiente lo beben como agua, hasta que se privan enteramente; beben mucho mate, y luego se comen la yerba, y con la bebida se acuerdan de todos los agravios que han recibido ellos y sus antepasados, las peleas que han tenido y las invasiones que han hecho; todo lo cantan y otros lloran, que es una confusión oírlos. Luego que se levantan de mañana se van al río o laguna que tienen más inmediata, y se echan unos a los otros gran porción de agua en la cabeza, con lo que se retiran a dormir.

Sus armas, de que usan, son lanzas y bolas, en lo que son muy diestros, y tienen sus coletos y sombreros de cuero de toro, que con dificultad le entra la lanza, y ésta ha de ser de punta de espada: algunos usan cota de malla, pues se contaron hasta nueve. Entre ellos su modo de insultar es al aclarar el día, guardando un gran silencio en su caminata, pues si se les ofrece parar por algún acontecimiento, con un suave silbido para todos, que no se llega a percibir aun entre ellos rumor alguno, y llegando a

vista del paraje que van a invadir, pican sus caballos, y a todo correr, metiendo grande estrépito y algazara, no usando formación alguna sino que cada cual va por donde quiere. En cuanto al despojo, el que más encuentra ése más lleva, y al retirarse, llevando la presa, aunque maten a sus mejores amigos o parientes, no vuelven a defenderlos, sino que cada uno procura caminar sin aguardarse unos a los otros, llevando a las indias con ellos para que éstas se hagan dueñas de las poblaciones que invaden, y roben lo que pudieren, mientras ellos pelean.

En cada toldería tienen su adivino, a quien llevan consigo cuando -59- van a invadir alguna parte, y mientras no están cerca, por las tardes o a la noche, se ponen a adivinar. El modo es clavar todas sus lanzas muy parejamente, y al pie de ellas es que su dueño sentado, poniéndose en medio, al frente el adivino, y detrás de él todas las indias, y teniendo en la mano dicho adivino un cuchillo, comenzándolo a mover como el que pica carne, entona su canto al que todos responden, y de allí a media hora, poco más o menos, comienza el adivino a suspirar y quejarse fuertemente, torciéndose todo y haciendo mil visajes, siguiendo los demás dicho canto, hasta que allí a un rato, que pega un alarido muy grande, se levantan todos. Preguntándole el cacique, (quien está en la derecha del mencionado adivino, con un machete en la mano) sin mirarlo a la cara, todo lo que él pretende saber, él le va respondiendo lo que le da gana, y esto lo creen tan fuertemente, que no hay razones con que convencerlos, aunque les sale todo nulo; pues están persuadidos que con aquel canto que hacen vieron el gualichu, que así llaman al diablo, y que éste se introduce en el cuerpo del adivino, y les habla por él, revelándole todo lo que quieren saber. Después de concluido le dan a beber un huevo de avestruz crudo, y agua, haciéndole fumar tabaco, que es el regalo que le hacen al gualichu, dándole al adivino vómitos fingidos; y entonces comienzan a gritar todos, y echando fuego al aire, que tienen prevenido, se despiden de dicho gualichu, que dicen sale del cuerpo del adivino, y se retiran a sus toldos.

Sus médicos son como los adivinos, pues estando alguno enfermo, sea del mal que fuese, llaman a la médica, y puesta al pie del enfermo y todos los amigos y parientes en rueda, toma la dicha médica unos cascabeles en la mano y comienza a sonarlos, cantando al mismo tiempo, a lo que todos responden; y de ahí a poco rato comienza a quejarse y torcerse toda con muchos visajes, y comenzando a chupar la parte que al enfermo le duele; está así mucho rato, prosiguiendo los demás cantando. La médica escupe y vuelve a chupar, siendo ésta la medicina que le aplican; y vimos en una ocasión que una gran médica de éstas dejó a la mujer del cacique Lincon, tuerta, de tanto chuparle un ojo, por haberle ocurrido en él un humor; esto lo sobrellevan muy gustosos, en la inteligencia que pende del gualichu.

Las casas o poblaciones son de estacas de tres varas, y cueros de caballos por los lados y techos, que ellos les llaman suca y nosotros toldos. En cada una vive una familia, y en medio de dichos toldos tiene el cacique su habitación, la que no es fija, pues en un paraje viven un mes, en otros quince días o veinte, con cuyo motivo es difícil dar con ellos.

-60-

No tienen subordinación a sus caciques, pues cuando quieren, dejan a uno y

van a vivir con otro; y si el cacique emprende o tiene que hacer alguna empresa, a todos se lo comunica y cada uno da su parecer. Cada uno tiene las mujeres que pueda comprar, y viéndose aburrido de ellas las vende a otros; y si llegan a tomar algunas cautivas, luego que llegan a sus toldos se casan con ellas; y si dichas cautivas, mas que sean indias, no van contentas, luego las lancean y las arrojan del caballo, y aunque estén medias vivas, las dejan. El trabajo de ellos se reduce a tornar yeguas y potros silvestres, cazar zorrillos, leones, tigres y venados, de cuyas pieles hacen las indias quiapís y guasipicuás, y de las plumas de avestruz hacen plumeros, siendo ellas las que todo lo trabajan, pues les dan de comer, cargan las cargas, mudan los toldos y los arman; y aunque las vean los indios, quienes están echados de barriga, no se mueven a ayudarlas en nada; antes sí, si es poco sufrido, se levanta, y con las bolas que nunca las dejan de la cintura, le dan de bolazos, y a esto no llora ni se queja la india.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario